



## EPÍLOGO.

---

Hubiérase creído que la muerte habia puesto fin al diario; pero su robusta naturaleza le permitió sobrevivir á aquel golpe, porque, segun presumo, por entonces fué cuando trabé conocimiento con él á fines de la primavera, y cuando desde nuestra primera conversacion se confundieron nuestras almas, haciendo que desde el primer día nos amáramos. A partir de aquel momento hasta que comenzaron á encanecer sus cabellos, subía yo todos los años á su pacífica morada, que era para mí como un manantial de salutífera agua cuyo origen entre las peñas se conoce, pero que no se revela á nadie, y del cual se guarda cuidadoso recuerdo para aplacar en él la sed en caso necesario. Siempre que sentia algun tedio de la vida ó que durante el año experimentaba un disgusto, mi instinto me llevaba al punto á su lado, y depositando mis sinsabores en un rincon del corazo,n

iba á derramarlos en su seno, y á regresar á mi mirada con la paz que rebosaba la suya. Ahora ¿dónde encontraré mi gota de agua, y ese poyo en el camino donde aliviarme del peso de mi carga?

Aparte de esto, ¿cómo me ayudaba en mis gratos estudios! ¿Qué perfectamente conocia todas las costumbres de las plantas, de las aves y de los insectos de Dios! ¿Con qué precision me decia á qué hora, en qué sitio, en qué momento del crepúsculo y en qué pendiente podria encontrar tal insecto ó cuál plantal! ¿Cómo me enseñaba las costumbres de todo cuanto vegeta, desde el humilde hisopo hasta la flor más soberbia! Y sin embargo, él no tenía ni herbario ni libros; yo lo recogia todo muerto, pero él lo veia todo vivo; yo sabia mejor que él los nombres, los géneros, la estructura; él los sabores, los gustos, los instintos y los amores. Para él cada yerba era un rayo de evidencia, un signo de la gran palabra en que brilla la Providencia. Yo contemplaba la letra de ese signo escrito por la suprema sabiduría; él leia el espíritu, y atribuyendo á cada yerba un fúlgido destello de alma clara y distinta en el seno del alma universal, la veia sentir, pensar, obrar y amar; y de esta manera la naturaleza, que tan bien sabia animar, con sus sentimientos, su gracia infinita y sus transiciones abundantes en armonías, convertíase en sus labios en un poema sin fin, pero siempre conmovedor y divino; porque brillando el nombre del autor en cada página,

inundaba de luz y calor la obra entera, obra que jamás se leia con él sin prorumpir en bendiciones y sin que asomara una lágrima á los ojos!

Ahora que he leido en esa alma tan tierna, repaso toda su vida; y no acierto á comprender cómo ha podido vivir como otro cualquiera, despues de haber anegado tanta alma en la corriente de sus días. Mas bien hubiera creido que una muerte prematura y voluntaria hubiera desarraigado de la tierra á ese hombre, ó que su frente, grávida de misterio y de tedio, hubiera difundido constantemente una sombra en torno suyo.

Pero no fué así, y bendigo á Dios por ello. Su vida, aunque perturbada en el fondo, no pareció seca y agotada; continuó manando poco á poco, sin precipitar ni un momento su curso, y sin que su agua pareciese más turbia ó más amarga para el que la contempla ó apaga su sed en ella. El dolor que arrastraba en su caudal habia ido á parar al fondo: ni siquiera sospechaba yo que tuviese un cauce tan profundo, pues ningun indicio de fatiga, ninguna señal de que tuviese el alma lacerada, nada en fin daba á conocer que su pensamiento hubiese muerto: y si acaso podia sospecharse en él la huella de un disgusto, adivinábase quizás en el pliegue que el dolor deja en la sonrisa, en la compasion más tierna que respiraba, en el timbre de su voz, firme y entera á pesar de su languidez, y que tan bien sabia respon-

der á las heridas del corazon. Él se formó una idea más varonil de la vida; su dolor no la había aniquilado de un golpe; antes al contrario, adorando el severo designio de Dios, supo llevarla en toda su plenitud y pureza en su seno, y sin apresurarse á derramarla de una vez, su resignacion la fué vertiendo gota á gota, segun las circunstancias y las necesidades ajenas, para vivificarlo todo en la tierra en su derredor.

Si prosiguió de tal suerte su camino hasta llegar al término, consistió en que sus santas manos empuñaron el báculo con firmeza; en que su tierna fé, que ya no era más que esperanza, doraba el objeto de antemano y se lo permitia ver; cuando se tiene tanta confianza en la hora postrera, se aguarda sin amargura y sin impaciencia: el camino conocido se anda con mesurado paso, y cuando no se ignora el término, tarda uno más en cansarse.

Además, los hombres de poco corazon y de débil naturaleza perecen al primer golpe y á la más insignificante herida; pero las almas bien templadas por Dios viven del ardor del combate hasta la muerte. En vano es que mane la sangre de su desgarrado seno; cuánta más brota, más se renueva, y su herida es á menudo manantial de lágrimas del cual destilan el bálsamo y el incienso mejor que de otra parte cualquiera!

A veces he encontrado, entre los árboles más

hermosos de esos montes en que la madera es tan dura como el mármol, añosos robles heridos, en cuyos troncos habian dejado los leñadores el hierro de su hacha; el roble, reteniéndolo con fuerza entre sus nudos y cubriéndolo con un rehenchimiento de corteza, crecía, elevando hácia el cielo en su corazon el instrumento de su muerte del cual vivia vencedor! Pues del propio modo elevaba aquel justo en su alma, como un hacha clavada en el corazon, el recuerdo de una mujer!

Quando, despues de su fallecimiento que no me fué dado presenciar, hube cumplido los fúnebres deberes, quise formarme una familia de cuanto él dejaba, y llevarme á mi lado á Marta, la pobre sirvienta; pero esta me respondió, señalando con el dedo el arbusto arraigado en las hendiduras de la techumbre:

—Como él ha echado mi vida raíces en estas paredes: séame dado envejecer entre estas ruinas. ¿Quién cuidaria del perro abandonado? ¡No faltará quien me traiga pan, ya que tanto he repartido!

En vano tambien silbé al perro del pobre sacerdote: conmovióse á la voz del amigo de su amo; pero olfateando el sendero que iba á parar á su tumba, me siguió con la vista sin dar un solo paso; los pájaros puestos en libertad, volvieron á su jaula; de suerte que de su querida herencia no pude llevarme más que su santo crucifijo de madera y de laton, estos pliegos medio rotos, su baston y su Biblia.

Desde aquel día, subo todos los años á la montaña de las Águilas en el mes en que se siegan los centenos, y recorro el camino de la gruta leyendo el relato de mi pobre amigo; exploro el teatro del drama de su edad juvenil, y suelo encontrar allí á su viejo amigo el pastor que, dejando á su rebaño que rumie á la sombra, piensa en los dos amantes sentado sobre su tumba, porque á pesar del misterio y á pesar de la distancia, Jocelyn duerme tambien junto al cuerpo de Laurencia. Cuando en la montaña se tuvo conocimiento por lo que yo dije del secreto de aquellos santos amores, sus pobres feligreses, compadecidos de su alma, llevaron sus cenizas á la *tumba de la señora*; y hace ya siete primaveras que los tres reposan en los sitios que tanto amaron y á la sombra de la misma cruz.

Con frecuencia paso allí días enteros abstraído ó meditando; porque no se puede ménos de amar ese suelo habitado por mortales despojos, del propio modo que nos gusta sentarnos sobre el banco de musgo en que, despues de trasponer el sol el horizonte, nos rodea de sombra y de melancolía la bruma de poniente desplegada por aquella hora tranquila, pero en el cual el apagado rayo del astro del día, cuyo esplendor se ha velado ya, deja largo tiempo sobre la yerba un resto de tibio calor!

FIN.

## ÍNDICE.

	Pág.
ADVERTENCIA DE LA PRIMERA EDICION. . . . .	V
CUATRO PALABRAS AGREGADAS Á LAS NUEVAS EDICIONES.. . .	XIII
Á MARÍA ANA ELISA. . . . .	3
PRÓLOGO. . . . .	7
PRIMERA ÉPOCA.. . . .	17
SEGUNDA ÉPOCA. . . . .	43
TERCERA ÉPOCA. . . . .	77
CUARTA ÉPOCA. . . . .	117
QUINTA ÉPOCA. . . . .	169
SEXTA ÉPOCA. . . . .	207
Carta á su hermana. . . . .	218
<i>Continuacion.</i> . . . .	226
<i>Continuacion.</i> . . . .	229
<i>Continuacion.</i> . . . .	230
SÉPTIMA ÉPOCA.. . . .	237
OCTAVA ÉPOCA.. . . .	255
Estancias á Laurencia. . . . .	268
NOVENA ÉPOCA. . . . .	279
Los labradores. . . . .	290
EPÍLOGO. . . . .	353

